



Dramaturgia para un mundo  
erizado de colmillos

# Cincuenta años de *Los motivos del lobo*

Lucía Leonor Enríquez

“EL TEATRO ME PERVIRTIÓ”, reconoció públicamente Sergio Magaña acerca de ese arte que ni siquiera le entusiasmaba y al que lo introdujo Emilio Carballido. José Sergio Alejandro Magaña Hidalgo, uno de los más brillantes e innovadores autores de mediados del siglo xx, nació el 24 de septiembre de 1924 en Tepalcatepec, Michoacán, y fue el menor de doce hermanos. Montó su primera obra dramática, *Como las estrellas y todas las cosas*, en su habitación, y si bien tuvo como singulares espectadores a Carballido, a Luisa Josefina Hernández y a Rosario Castellanos, integrantes del “Teatro de Recámara”, su debut profesional sería más que memorable. El 17 de febrero de 1951, bajo una lluvia de aplausos y ovaciones se estrenó en el escenario del Palacio de Bellas Artes *Los signos del zodiaco* dirigida por Salvador Novo, entonces director del Departamento de Teatro del INBA; sin lugar a dudas, un arranque que anunciaba el lugar preponderante que ocuparía el joven autor de apenas veintiséis años y que, sorprendentemente, se había iniciado en la dramaturgia sólo tres años antes.

Narrador, crítico, poeta, cuentista, guionista y dramaturgo, Magaña confesó que fue el teatro el que le mostró una vida nueva que lo despojó del *yoísmo*, “nada de yo, yo, yo...”. Lejos de la simpleza y reduccionismo del cliché, sin intención de complacer ni edulcorar la realidad, el michoacano tenía la impronta de que su teatro debía ser comprendido por el espectador común, pero también poseer la complejidad suficiente en sus símbolos para la culta minoría que apreciara sus piezas.

Como dramaturgo, abordó el drama, el melodrama, la tragedia, la farsa, la comedia, la comedia musical, la pastorela y el teatro para niños. Entusiasta de la exploración, amplió el panorama del teatro mexicano al escribir nuestra primera obra naturalista: *Los signos del zodiaco* (1950); las primeras comedias musicales modernas: *Rentas congeladas* (1960) y *El mundo que tú heredas* (1970); la primera obra dramática con trama policiaca, *El pequeño caso de Jorge Lívido* (1958); y los primeros textos del llamado teatro documental o de hechos con *Los motivos del lobo* (1965). Su afán de hacer una obra para México, “con nuestro modo de mirar la vida, para mi gente”, su deseo de denunciar la corrupción y mostrar la traición, lo impulsaron a escribir los dramas históricos *Moctezuma II* (1954) y *Los Argonautas* (1967), rebautizada *Cortés y La Malinche*.

En 1971 fue declarado Hijo Predilecto en su tierra natal, en 1988 fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura “Juan Ruiz de Alarcón” y fue también en ese año que INBA y UNAM le rindieron merecido homenaje.

Sergio Magaña murió el 23 de agosto de 1990. A manera de reconocimiento, desde 1991, un teatro de la ciudad de México que se caracteriza por dar cabida a proyectos comunitarios y espectáculos populares, así como por ser una plataforma para las nuevas generaciones de creadores, lleva su nombre.

### **El nombre del lobo**

En 1959, Rafael Pérez Hernández ganó una triste notoriedad en los tabloides amarillistas cuando se reveló que había encerrado a su familia durante quince años

para protegerlos de la maldad del exterior. Bautizado por la prensa como el “Maniático Pérez”, el extraño personaje nombró a sus hijos según los valores e ideales que supuestamente enarbolaba: Soberano, Libre-pensador, Indómita, Triunfador y Bienvivir. Fue hasta que una nota anónima llegó a la policía cuando la familia de Pérez Hernández se liberó de la “pureza y bondad” a la que los habían confinado. Además de la obra de Magaña, la desafortunada historia inspiró la novela *La carcajada del gato* (1964) de Luis Spota y la película *El castillo de la pureza* (1972) dirigida por Arturo Ripstein.

Con *Los motivos del Lobo*, Sergio Magaña ganó el premio “Manuel Eduardo Gorostiza”. Por razones poco claras, el texto no se publicó sino hasta muchos años después de haber sido escrito y existen dos versiones, el texto estrenado en 1968 y otro, publicado por la revista *Tramoya* en 1990.

*Los motivos del lobo* fue seleccionada como la obra inaugural de las Olimpiadas Culturales de 1968, este acto artístico contó con la participación de 91 de los 113 países convocados para la justa deportiva. Sin embargo, ambas Olimpiadas se vieron eclipsadas por la represión estudiantil que culminó con los infames eventos del 2 de octubre en Tlatelolco.

Según Magaña, hubo otra poderosa razón por la que la obra no tuvo éxito entre el público: el director Juan José Gurrola. En un hecho casi insólito en la escena nacional, donde el texto dramático todavía era el punto indiscutible de partida para la creación escénica, Gurrola realizó cambios anecdóticos en la obra de Magaña, hecho que deploró el autor como un intento del director de ser “el centro de todo”, en lugar de coordinar el espectáculo.

### **Cada quién vive en el mundo como mejor le place**

Martín Guolfe encierra a su mujer Eloísa y a sus hijos, Fortaleza, Lucero, Libertad y Azul, durante 17 años. Lo que saben del mundo lo han aprendido mediante los libros. La tarde de un 15 de septiembre, el señor Guolfe no echa llave a la reja que aísla a su familia del exterior. La Sra. Maud irrumpe en el hogar de los Guolfe para entregar un telegrama que anuncia una visita —hecho que trastornará el universo



inmaculado y puro que Guolfé pensaba había dentro de las murallas— y exhibe a los depredadores que habitan a ambos lados de la reja.

Si partimos del aserto que el propio Magaña refirió como punto de arranque para la escritura de esta obra: “todos los aislamientos son nocivos”, hallamos que la amalgama de degeneración y abuso que se plantean en el hogar de los Guolfé se multiplica y se torna aún más terrible en la sociedad. Magaña no sólo crítica la cosmovisión de Guolfé, también critica la ferocidad carnífera de nuestro entorno, que pareciera experimentar un encierro de pensamiento y conducta.

En el poema de Rubén Darío que da título a la obra, se confronta la maldad del hombre contra la naturaleza salvaje de las bestias. En su obra, Magaña hace un parangón entre el salvajismo que ocurre al interior del hogar de los Guolfé y en el mundo de afuera, y alude claramente al poema en boca de Fortaleza, la hija de 18 años, a quien Guolfé ha pedido memorice sus versos, quizá en un afán de hacerles ver lo cruento de los seres humanos y, por ende, lo necesario del encierro. El dramaturgo humaniza al monstruo que podría ser Guolfé al mostrarlo como un padre que desea proteger a sus lobeznos:

GUOLFE: No quiero que los muerdan (...) como me mordieron a mí. Estoy lleno de cicatrices, Eloísa.

Nublado por su temor al otro, Guolfé es incapaz de ver que es él quien lastima a su prole y quien despierta en ellos esa ferocidad animal de la que pretende salvarlos. Personaje complejo, Martín Guolfé defiende la única libertad de la que gozan sus hijos, la del lenguaje, pues sólo “la gente mediocre tiene miedo de las palabras”. Lo que el patriarca ignora es que las palabras son caminos, y sus hijos encuentran dentro del encierro oscuros senderos para sentir plena libertad.

En el tenor de sentimientos libertarios, cabe señalar el momento de la acción que elige el dramaturgo, el cumpleaños de Lucero del 15 de septiembre, el día en que se celebra la Independencia de México. Esta alusión da pie a una lectura política de la obra: ¿qué

independencia se celebra? No sólo la que le es negada a la familia Guolfé. “Puedes verlo todo desde los muros”, dice el patriarca/dictador. La independencia se pasea frente a ellos pero es inalcanzable, y acaso esa independencia es sólo un montaje espectacular también para todos los que habitan fuera de la casa, los que marchan y celebran, los que creen que pueden protestar y manifestar su descontento, sólo para ser silenciados.

GUOLFE: [...] Y yo pago mis impuestos para mantener esa tropa... que luego ellos usan no para defender la patria, sino para encadenar la opinión libre de los ciudadanos. ¡Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Y el 16 de septiembre, cuando llega la tan anhelada independencia, una horda de chacales saquea y violenta el hogar dando paso a una nueva dictadura. Se ha ido Guolfé pero otro lobo toma su lugar.

Conocer o visitar la obra de Sergio Magaña es sumergirse en la mirada crítica y sin complacencias de quien, sin la artificiosa pretensión de los creadores que saturan de símbolos sus obras para simular una complejidad inexistente, buscó dialogar de forma honesta con el público de su época: un tiempo y una obra que, aún hoy, resuenan. **▲▲**

